

La nueva vida del creyente

Del nuevo nacimiento a la gloria

Autor: G. André

Uno no es salvo por las buenas obras que cumpla: “Dios... nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:5). Es también un grave error pensar que es necesario completar de alguna manera la obra de Cristo respecto de nuestros pecados, al cumplir buenas obras que nos acrediten méritos (Efesios 2:9). La Palabra de Dios es muy clara: hemos sido “creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Salvados	3
Perdonados	4
Purificados	6
Redimidos	7
Justificados	7
Reconciliados	9
Santificados	10
La familia de Dios	13
Hijos (niños)	13
Hijos (la adopción)	15
Herederos	16
El Padre	16
Unidos a Cristo	18
“Unidos con él” (v. 5, V. M.)	18
Libertados, liberados	20
Entregados	20
En Cristo	21
Cristo en nosotros	22
Unidos en un solo cuerpo	23
Bautizados por un solo Espíritu	23
La diversidad en la unidad	24
Adoradores	25
Glorificados	27
La resurrección	27
El tribunal de Cristo	28
Las bodas del Cordero	29
La gloria	30

Salvados

“ El Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido (Mateo 18:11).

El pastor que tanto buscó a su oveja, ¡con qué gozo puede decir, al volver a su casa: “Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”! (Lucas 15:6).

Estar perdido es haber huido de la voz del Pastor, del llamado del Evangelio, y haber menospreciado la gracia de Dios. Es exponerse a comparecer ante el “gran trono blanco” y ser “lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:11, 15).

“¿Qué debo hacer para ser salvo?” preguntaba el carcelero de Filipos a Pablo y a Silas. La respuesta fue inmediata: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:30-31).

Pero esta respuesta no es una fórmula que se recita. Ella implica, como el mismo Pablo lo testificaba en Éfeso con perseverancia, el “arrepentimiento para con Dios, y... la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

Notemos que el “arrepentimiento para con Dios” se menciona en primer lugar (compárese con Lucas 24:47; literalmente significa: «el arrepentimiento que conduce al perdón de pecados»). Arrepentirse es cambiar de pensamientos en cuanto a Dios, en cuanto a uno mismo y en cuanto al pecado. Tal vez se ignoraba a Dios, o bien se lo condenaba pensando con amargura: «Si Dios existiera no hubiese permitido que...»; o se opinaba que «el buen Dios sin duda terminaría por tener en cuenta mi vida ordenada para acogerme en su cielo». Ahora bien, Dios se revela como el Dios santo, el Dios justo; Dios, quien es amor, también es luz.

Si la luz divina ilumina mi conciencia, no pensaré más que «mi vida es ordenada» y que puede complacer a Dios lo bastante como para que yo vaya al cielo. Cambiaré de pensamientos a la luz de su Palabra admitiendo que: “No hay diferencia, por cuanto **todos** pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22-23). “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), y no solamente la muerte física, sino también la eterna separación respecto de Dios.

Una vez admitido ser pecador, el arrepentimiento conduce a “la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21): “Por gracia sois salvos por medio de la fe” (Efesios 2:8). La fe en la Palabra de Dios acepta que “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8), es decir, que

él murió en nuestro lugar: “Jesús... el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25). “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás **salvo**” (Romanos 10:9).

Uno no es salvo por las buenas obras que cumpla: “Dios... nos salvó, **no** por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino **por su misericordia**” (Tito 3:5). Es también un grave error pensar que es necesario completar de alguna manera la obra de Cristo respecto de nuestros pecados, al cumplir buenas obras que nos acrediten méritos (Efesios 2:9). La Palabra de Dios es muy clara: hemos sido “creados en Cristo Jesús **para** buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10).

Recapitulemos: primeramente vienen el arrepentimiento y la fe, acompañados por el «nuevo nacimiento» (Juan 3:3-6); las buenas obras que Dios preparó, cumplidas por reconocimiento hacia el Dios de amor, siguen después: “En esto consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

La Palabra de Dios considera la salvación desde tres puntos de vista:

- En cuanto al **pasado** está dicho: “sois salvos” (Efesios 2:5, 8); “Dios... nos salvó” (2 Timoteo 1:9). La certidumbre de ser salvo se apoya en la fe en la Palabra de Dios;
- En cuanto al **presente**, concerniente a la vida de todos los días, el creyente es salvo “por Su vida” (Romanos 5:10), por la intercesión de Cristo (Hebreos 7:25);
- En cuanto al **porvenir**, Romanos 13:11 asegura a todo hijo de Dios: “Ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos”. Nosotros esperamos “la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:23).

“ Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya (Filipenses 3:20-21).

Además de esto, la salvación tiene diferentes aspectos que iremos considerando:

Perdonados

Para ser **perdonado**, es necesario reconocerse **culpable** (Romanos 3:19).

Veamos la enseñanza de Levítico 4:27-35: si alguna persona se hacía culpable (v. 27) debía traer su ofrenda, es decir, un animal sobre cuya cabeza debía poner su mano, como si dijera: «Este va a llevar el castigo que merece mi pecado». Él mismo debía degollar a la víctima, cuya sangre era derramada al pie del altar, en tanto que la grasa era quemada sobre el altar. Solo después de esto está dicho que el pecado “será perdonado”. Este sacrificio es, por cierto, una figura (un tipo) del de Cristo en la cruz, “quien llevó él mismo nuestros pecados sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Isaías 53 subraya: “Todos nosotros nos descarriamos... mas Jehová cargó **en él** el pecado de todos nosotros” (v. 6).

Únicamente el sacrificio de Cristo podía “quitar” los pecados. La sangre de sacrificios, derramada en el Antiguo Testamento, jamás podía “quitar los pecados” (Hebreos 10:4, 11), solo eran “cubiertos” (Salmo 32:1). Cristo ofreció “un solo sacrificio por los pecados” (Hebreos 10:12), de modo que el Espíritu de Dios puede decir: “Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (v. 17).

Entre los hombres, cuando uno perdona una ofensa no hay castigo para el culpable. Dios, en cambio, no pasa por alto el pecado. Es preciso que el castigo sea ejecutado; pero cae sobre otro, o sea, sobre Cristo: “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18).

¿Qué pasa, entonces, con los pecados que los creyentes cometan después de haber nacido de nuevo? 1 Juan 1:9 es muy claro: “Si confesamos nuestros pecados, él (Dios) es fiel (a su Palabra) y justo (para con Cristo) para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

En Proverbios 28:13 ya está dicho:

“ El que las confiese (las transgresiones) y las abandone, alcanzará misericordia (V. M.).

Dios no pide una compensación por nuestros pecados, ni una penitencia exterior, sino una **confesión**. Confesemos nuestros pecados a Dios en primer lugar (Salmo 32:5) y, si el caso lo requiere, a aquel a quien hayamos lesionado. Santiago 5:16 considera incluso la confesión recíproca de las faltas “unos a otros” (no públicamente), a fin de orar el uno por el otro. Esto puede ser de gran ayuda en el andar cristiano, siempre que se guarde la mayor discreción (v. 20).

En Efesios 4:32 somos exhortados a perdonarnos unos a otros. La parábola de Mateo 18:23-35 muestra la gravedad de no perdonar al hermano, al olvidar la inmensa deuda que Dios nos remitió.

Purificados

Además del **pecado-deuda**, la culpabilidad (Romanos 3:19), que acabamos de considerar y que está ilustrado por el Señor en la parábola de Lucas 7:41-42 y 47-48, existe también el **pecado-mancha**, del cual tenemos necesidad de ser “lavados”.

Ya el profeta Miqueas decía: “No es este el lugar de reposo, pues está contaminado, corrompido grandemente” (cap. 2:10). Si dudamos de ello, ¡basta mirar a nuestro alrededor! Ahora bien, de la ciudad santa de la cual Juan tuvo la visión en Apocalipsis 21, nos es dicho: “No entrará en ella ninguna cosa inmunda” (v. 27).

El que está manchado por el pecado, por la corrupción personal y ambiental, es inducido a lavarse. Pero ¿cómo lograría hacerlo? Por lo tanto David pidió a Dios: “Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado... y seré más blanco que la nieve” (Salmo 51:2, 7). Únicamente la sangre de Jesucristo “nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). De aquellos a quienes “el Cordero... guiará a fuentes de agua de vida” (Apocalipsis 7:17) se nos dice que “han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (v. 14). Así, pues, comprendemos el alcance del cántico entonado en la tierra: “A Aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su misma sangre... a él sea la gloria” (Apocalipsis 1:5-6, V. M.).

1 Corintios 6:9-10 da la lista de aquellos a quienes se les ha llamado «los diez leprosos» (compare con Lucas 17:11-19). Pero el apóstol añade: “Esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados... en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”.

En Zacarías 3, el sumo sacerdote estaba en presencia de Dios. Expuesto a la luz divina, él aparece vestido de “ropas sucias” (V. M.). Normalmente, esta suciedad no aparecía, pero, cuando él estaba “en pie delante del ángel de Jehová”, esa suciedad era visible; era necesaria toda la acción divina para hacer pasar de él su iniquidad (v. 4, V. M.).

El joven Isaías, con probablemente menos de veinte años de edad, entró en el templo y tuvo una visión en la que veía al Señor sentado en su trono (cap. 6:1). Los ángeles proclamaban Su santidad. El joven dijo entonces: “¡Ay de mí que soy muerto;... siendo hombre inmundo de labios...”. Entonces un ángel tomó del altar un carbón encendido que había consumido a la víctima del sa-

crifcio; con él tocó los labios de Isaías, símbolo de la fe en la obra de Cristo en la cruz. Entonces le dijo el mensajero divino: “He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado” (v. 7).

Redimidos

Redimir es liberar mediante el pago de un precio. Por ejemplo, alguien quiere liberar a un esclavo. Va al mercado de esclavos y compra uno. Le quita sus cadenas y lo libera. El esclavo está redimido. Eso es lo que la Biblia llama redención.

Gálatas 3:13 nos dice que

Cristo nos redimió de la maldición... hecho por nosotros maldición.



Más adelante agrega: “Dios envió a su Hijo... para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gálatas 4:4-5). Nadie podía observar la ley, y menos aun el décimo mandamiento que dice: “No codiciarás”. Tan solo el **deseo** de hacer el mal, aunque no se lo cometiese, ya era pecar! Cristo, cargado con nuestros pecados en las tenebrosas horas de la cruz, fue maldito en lugar de serlo nosotros, y así hizo que alcanzásemos la bendición (Gálatas 3:14). Hemos sido rescatados (o redimidos):

- de toda iniquidad (Tito 2:14);
- de nuestra vana manera de vivir (1 Pedro 1:18);
- de la esclavitud del pecado (Juan 8:34; Romanos 6:17, 20). De ahí la magnífica declaración: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo” (Gálatas 4:7).

En Cristo “tenemos redención por su sangre” (Efesios 1:7). “Cristo entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:12).

Justificados

Dios “... justifica al impío”, “... justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 4:5; 3:26).

Cuando un culpable es perdonado, no tiene que sufrir ningún castigo; en el caso de un perdón humano, se pasa por alto la falta y el ofensor no tiene que responder de ella. Si se trata del perdón divino, la falta es expiada (es decir, borrada), pues Cristo soportó el castigo que ella merecía (Isaías 53:5).

En cierto sentido, perdonar es negativo: el pecado es olvidado y no hay castigo para el culpable. En cambio, ser justificado es positivo: el acusado es declarado justo, sin culpa. ¿Cómo es posible?

Dios puso a Cristo “como propiciatorio”:

- *“Por medio de la fe en su sangre...*
- *con la mira de manifestar en este tiempo su justicia*
- *a fin de que él sea el justo*
- *y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.*

(Romanos 3:25-26, NT interlineal griego-español).

Tratemos de comprender estas expresiones: Cristo fue quien hizo propicio a Dios, es decir, hizo posible que Dios se mostrase favorable para con el pecador. No obstante, la propiciación no tiene como blanco apaciguar a un dios vengador como lo hacen los paganos, sino permitir a Dios ser justo al justificar al pecador.

“Al que obra, no se le cuenta el **salario** como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, **su fe le es contada** por justicia” (Romanos 4:4-5).

Veamos una ilustración del Antiguo Testamento: en una noche estrellada, Abraham, por invitación divina, salió de su tienda para contar las estrellas. ¡“Si las puedes contar”! había dicho Dios y agregó: “Así será tu descendencia” (Génesis 15:5-6).

Abraham no tenía hijo y, humanamente hablando, tampoco ninguna esperanza de tenerlo. Pero “creyó a Jehová, el cual se lo imputó a justicia” (Génesis 15:6, V. M.) Dicho de otra manera, la fe le fue contada por justicia (véase Romanos 4:19-22).

La fe acepta que Dios es justo al justificar al culpable; ella no fue contada solamente con respecto a Abraham, “sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada, esto es, a los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:23-25).

Esto puede parecernos misterioso. Pero la Palabra no deja lugar a dudas. A causa de la obra que Cristo realizó en la cruz, Dios es justo al justificar a aquel que cree en Jesús. El creyente que acepta por la fe tal declaración, aunque no capte todo su alcance, es declarado justo: «Su fe le es contada por justicia».

“Cristo Jesús... nos ha sido hecho... justicia” (1 Corintios 1:30, V. M.). Somos justificados gratuitamente:

- *por su gracia*
- *mediante la redención que es en Cristo Jesús*
- *en su sangre*
- *por medio de la fe*

(Romanos 3:24; Tito 3:7; Romanos 5:9).

Imaginémonos un tribunal en el que el acusado debe responder de un expediente voluminoso. Pero el juez, Dios mismo, lo declara justo porque el culpable se ampara en la obra de Cristo; él sale del tribunal no solamente perdonado, sino declarado justo, justificado. No se ha presentado ningún cargo contra él.

Entonces, ¿por qué Santiago 2:17 dice: “la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”? Recordemos que, en su epístola, el apóstol Santiago considera las cosas desde el punto de vista del hombre, mientras que en la epístola a los Romanos se presenta el lado de Dios. Todo el párrafo de Romanos 3:21 hasta 4:25 focaliza en Dios y dice en resumen: Dios es justo al justificar. En cambio, Santiago se centra en el lado humano como lo muestra su manera de dirigirse a los destinatarios de su carta: “Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo **te mostraré** mi fe por mis obras” (cap. 2:18). Son las obras del creyente (Efesios 2:10) las que mostrarán a los hombres la realidad de su fe y de su nuevo nacimiento. Ante Dios –quien lee en el corazón– la **fe** es contada por justicia. Ante los hombres, la fe se demuestra por las obras de un hombre nacido de nuevo. Es el **fruto** del Espíritu (Gálatas 5:22).

Concluimos con la categórica afirmación, tres veces repetida: “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).

Reconciliados

“ Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Romanos 5:10).

Cristo nos ha “reconciliado en el cuerpo de su carne, por medio de la muerte” (Colosenses 1:21-22, V. M.).

Dios no era nuestro enemigo; Dios es amor, pues dio a su Hijo por nosotros. En cambio, el pecador sí es enemigo de Dios; está alejado de él, lleno de quejas contra él, a menos que lo ignore o lo considere «muerto», lo que es una blasfemia.

Cuando dos hombres se reconcilian, restablecen la relación anterior. Pero, cuando Dios reconcilia a un pecador con él, lo introduce en una nueva relación, fundada en la muerte de Cristo.

No es nuestra apreciación de la obra de Cristo la que efectúa la reconciliación; Dios es quien la justiprecia. La fe simplemente acepta lo que Dios hace al volvernos con él a la unidad, a la paz.

No se trata de un cambio del hombre natural, sino de una nueva posición producida por la reconciliación; ella nos permite acercarnos a Dios, gozar de su amor, conocerle como Padre, estar llenos de su gracia, estar de acuerdo con él. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura (o creación) es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo...” (2 Corintios 5:17-18).

De tal relación con Dios se deriva un privilegio que nos es presentado seguidamente: “... y nos dio el ministerio de la reconciliación... nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, **somos embajadores** en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios” (v. 18-20).

Y el apóstol concluye, subrayando así todo lo que Dios efectuó para que la reconciliación fuera posible: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (v. 21). Este es el mensaje de la reconciliación; la fe acepta que Cristo no solo “llevó nuestros pecados”, sino que él “fue hecho pecado” en lugar de nosotros, a fin de que Dios sea justo, a causa de la obra de Cristo, al justificar y reconciliar al pecador consigo.

La enemistad del hombre contra Dios es congénita; pero a veces hay enemistad también entre hombres, entre hermanos, entre esposo y esposa, entre una raza y otra, entre ricos y pobres, y en cuántas otras esferas aun. Con un espíritu de gracia y de humildad, la reconciliación puede tener lugar entre hermanos, en el matrimonio y en las relaciones sociales.

Santificados

Ser «santificado» significa ser puesto aparte para Dios, en Cristo.

1. La santificación de posición, a los ojos de Dios

Aquel que ha aceptado por la fe la obra de Cristo es santificado para Dios, es decir, es puesto aparte para Él. “Todos los... amados de Dios”, son “llamados santos”, vale decir, santos por el llamamiento de Dios (Romanos 1:7, V. M., compare con el NT interlineal griego-español). Dios los ve así en Cristo. Por voluntad de Dios “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre... Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:10, 14). Por una parte la voluntad de Dios, por otra parte la ofrenda del cuerpo de Jesucristo. Solo la fe puede captar eso. Aquellos que se convierten “de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios”, reciben, por la fe en Cristo, “perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hechos 26:18).

2. *La santificación práctica*

El creyente no tiene que volverse santo, pues ya lo es. Pero es llamado a manifestarlo. Esta es la santificación práctica. La exhortación de Efesios 5:3 está fundada en el hecho de comportarse “como conviene a santos”: “Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos”. Esta santificación práctica es progresiva. Se efectúa por medio de la Palabra de Dios, leyéndola cada día, recibéndola, amándola, y poniéndola en práctica. A ello se refirió el Señor Jesús en su última oración en favor de los suyos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Efesios 5:26 precisa que Cristo santifica a la Asamblea “purificándola con el lavamiento del agua por la palabra” (NT interlineal griego-español). Esa es la obra de Dios en nosotros, mientras que la salvación, en sus diversos aspectos, es la obra de Dios **por** nosotros.

Como a menudo fallamos en lo que se refiere a esta santificación práctica, el Padre nos disciplina “para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad” (Hebreos 12:10). Al presente, “ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido **ejercitados**” (v. 11).

También debemos ejercer una disciplina personal:

“
Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios
(2 Corintios 7:1).

Esta disciplina personal se precisa porque el ambiente exterior inevitablemente influye tanto en la carne como en el espíritu. Romanos 13:14 agrega: “Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne”.

1 Corintios 9:24-27 nos exhorta a correr de tal manera que obtengamos el premio. Ello requiere, como también para combatir, que se siga un régimen: “Todo aquel que lucha en la palestra, es templado en todas las cosas” (v. 25, V. M.).

“Seguid la santidad...”, dice Hebreos 12:14, exhortación a la cual bien se puede añadir la de Bernabé a la iglesia en Antioquía: él “exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor” (Hechos 11:23).

La familia de Dios

Después de haber visto lo que la gracia de Dios ha hecho **por** nosotros, consideremos ahora lo que ha hecho **de** nosotros.

Hijos (niños)

Somos los amados hijos de Dios . Esta es la nueva relación con Dios en la cual es introducido el creyente. Para Abraham, Él era el Dios Omnipotente. A Israel, Dios se le dio a conocer como el Eterno (Jehová), aquel que es y sigue siendo el mismo (Éxodo 6:2). Pero, en el tiempo de la gracia, Dios se revela como Padre:

“ A todos los que le recibieron (a Cristo), a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan 1:12-13).

Observemos que ellos son “engendrados”, (o, como también se puede traducir, “nacidos de Dios”), es decir, introducidos en la cálida atmósfera de la familia de la fe. Ese es el nuevo nacimiento mencionado en Juan 3:3, 5. Para llevar al hombre que estaba lejos de Dios a esta relación como hijo, era preciso hacerle nacer a una nueva vida, regenerarlo.

Israel tenía una relación como pueblo con Dios, pero hoy en día el creyente tiene una relación en calidad de hijo con su Padre. Con **el nuevo nacimiento** no se trata de una reforma de la naturaleza humana (llamada a veces «la vieja naturaleza»), sino de **un acto creador de Dios** por el Espíritu Santo que obra mediante su Palabra. Santiago nos dice: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad” (cap. 1:18). Pedro precisa: “Siendo renacidos... por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).

La Palabra de Dios es, a la vez, una **agua** y una **semilla**.

Jesús afirma: “El que no naciere de **agua** y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). Efesios 5:26 nos habla de ser purificados “en el lavamiento del agua por la palabra”. Tito subraya “el lavamiento de la regeneración”, al cual se le agrega “la renovación del Espíritu Santo” (cap. 3:5), que hace al creyente completamente diferente de lo que era antes: “Si alguien es-

tá en Cristo, es nueva **creación**” (2 Corintios 5:17, NT interlineal griego-español). Romanos 12:2 habla de la “renovación de nuestro entendimiento” y Efesios 2:10 precisa que hemos sido “creados en Cristo Jesús”.

Pero la Palabra es también una semilla. Jesús mismo lo dijo al dar la interpretación de la parábola del sembrador: “La **semilla** es la palabra de Dios” (Lucas 8:11). Según 1 Pedro 1:23, citado arriba, ella es “simiente... incorruptible”.

En Juan 3 se plantea una doble condición: “Es necesario que el **Hijo** del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en **él** cree... tenga vida eterna... De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su **Hijo unigénito**, para que todo aquel que en **él** cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-16). Notemos la expresión “todo aquel”: nadie es descartado, y la palabra “cree”: designa la fe en Aquel que es el verdadero Dios y verdadero hombre levantado en la cruz, en la cual dio su vida en rescate por muchos.

En el corazón del “que en él cree” se establece una seguridad interior producida por el Espíritu Santo: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que **somos** hijos de Dios” (Romanos 8:16).

Los creyentes pueden orar por la salvación de sus hijos o por la de sus amigos. No obstante, no son ellos los que pueden producir el nuevo nacimiento. Este es únicamente obra de Dios, quien actúa por medio de su Palabra y de su Espíritu. En el caso de una familia, los padres presentan la Palabra de Dios a sus hijos, los educan para el Señor; pero solo Dios puede dar la vida eterna a aquel que cree: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:1-2). “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:11-12). Él nos ha hecho “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4), la que nos lleva a la comunión con Dios, a la intimidad con el Padre, para escuchar cómo su voz nos habla de su Hijo. Y para que tengamos plena seguridad, el apóstol Juan añade:

“ Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna (1 Juan 5:13).

Hijos (la adopción)

Efesios 1:4-5 nos dice que, “antes de la fundación del mundo”, Dios “nos escogió en él (Cristo)... habiéndonos predestinado, en su amor, a la adopción de hijos, por medio de Jesucristo, para sí mismo, según el beneplácito de su voluntad” (V. M.).

Los hijos (niños) están en **relación** con el Padre. Ser «hijo» habla del hecho de tener una **posición** como tal. El eterno pensamiento de Dios era tener hijos en su presencia. Este era el deseo, el beneplácito de su voluntad. Podemos pensar que hubo en la eternidad como una conversación al respecto entre el Padre y el Hijo. El Hijo que está ante el Padre es santo, por ende, los hijos serán santos; el Hijo no tiene mancha, los hijos no tendrán mancha; el Hijo es amado, los hijos serán amados; el Hijo es acepto, los hijos serán hechos aceptos en el Amado (Efesios 1:6).

Para que el deseo de Dios fuese satisfecho, fue preciso que a su tiempo Cristo viniera a este mundo y cumpliera la redención por su sangre, el perdón de pecados (v. 7). De tal modo, seres caídos, manchados, son hechos hijos ante el Padre.

Gálatas 4:1-7 nos muestra que la adopción es el acto por el cual Dios coloca en la posición de hijo adulto a aquel que es liberado de la ley, es decir, del principio legal: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo... para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo”.

¡Qué cambio total de posición! La epístola a los Gálatas enfoca el hecho de que uno es arrancado de la esclavitud en que estaba bajo el principio legal; en cambio, Romanos 8 muestra la liberación de la esclavitud del yo: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (v. 14-15).

El hijo pródigo tenía la intención de decirle a su padre: “Hazme como a uno de tus jornaleros” (Lucas 15:19). Pero, cuando su padre lo vio, movido a misericordia, corrió hacia él, se echó a su cuello, le cubrió de besos, y el hijo ya no pudo pedirle que lo tratara como a un esclavo; el padre hizo sacar el mejor vestido y se sentaron a la mesa para hacer fiesta. En figura, esta fiesta nos habla de la comida que no tiene fin, de la comunión comenzada en la tierra, que continuará en el cielo.

Actualmente tenemos las primicias del Espíritu, pero estamos esperando la adopción, “la redención de nuestro cuerpo”. Hasta entonces, “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad” (Romanos 8:23, 26).

Herederos

“Ya no eres esclavo, sino hijo”, era la conclusión de Gálatas 4:7. Pero se agrega: “Y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”. Pablo lo confirmará a los Romanos: “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17). Dios nos ha dado “a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito..., de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia” (Efesios 1:9-11).

Nos es difícil asirnos del alcance de estas expresiones. La Palabra nos dice:

“ Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia (Efesios 1:13-14).

El Espíritu nos da un anticipo de esta herencia venidera. Jesús decía a sus discípulos, en Juan 16:13-15: el Espíritu “os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”. Las epístolas desarrollan estos puntos.

Al comienzo de estas últimas conversaciones con sus discípulos, en aquel doloroso momento en que Judas le traicionaba y Pedro iba a negarle, el Señor Jesús dijo a los suyos: “No se turbe **vuestro** corazón” (Juan 14:1). Él desvió sus pensamientos hacia un horizonte distinto de tan sombrío momento que estaban viviendo, hacia una morada celestial a la que iban a dirigirse: la casa del Padre.

Somos viajeros que están caminando hacia el cielo. Tenemos la perspectiva de la herencia y ya tenemos las arras. Ella es, como lo dirá Pedro en su primera epístola (cap. 1:4), “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros”, en tanto que las herencias terrenales a menudo se desvanecen o son mal empleadas. Pero, mientras los creyentes esperan la herencia, son “guardados por el poder de Dios mediante la fe” (cap. 1:5).

El Padre

Es esencialmente en el evangelio de Juan donde el Señor Jesús revela al Padre:

“ El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer (Juan 1:18).

En Mateo 11:27 él ya había dicho: “Nadie conoce... al Padre..., sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”. Sobre todo en sus últimos discursos, o sea, en Juan 14 a 17 es donde habla del Padre, de su Padre,

A través de los otros evangelios, Jesús había hablado del Padre celestial, del Padre que está en los cielos, cuidando de los suyos, pero en cierto modo, a distancia. En Juan 15:15 Jesús dice: “Ya no os llamaré siervos...; pero os he llamado amigos”. Y habrá más; él puede asegurarles un amor infinito: “El Padre mismo os ama” (cap. 16:27).

Tendrá que llegar la mañana de la resurrección para que María de Magdala reciba este mensaje: “Subo a mi Padre y a **vuestro** Padre, a mi Dios y a **vuestro** Dios” (cap. 20:17). Esta revelación no está reservada a los cristianos más adelantados, pues el apóstol dice: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre” (1 Juan 2:13). Los verdaderos adoradores adoran al Padre (Juan 4:23); asimismo hacen subir la alabanza “a Aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su misma sangre” (Apocalipsis 1:5, V. M.).

Al final de su oración en Juan 17, Jesús había dicho, dirigiéndose al Padre: “Les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” (v. 26). A lo largo de este evangelio les había hablado del “Padre”, o de “mi Padre”; después de la obra de la cruz y la resurrección, viene el mensaje: “Subo a mi Padre y a **vuestro** Padre”. No dice «nuestro» Padre, pues su relación con el Padre está por encima de la que pudieran disfrutar los suyos; él sigue siendo “el primogénito entre muchos hermanos”; no obstante, la relación está establecida, y la comunión es expuesta en 1 Juan 1: “nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (v. 3). Se trata de la comunión con el Padre acerca de su Hijo y de la comunión con el Hijo respecto de su Padre; y “estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (v. 4).

¿En qué medida gozamos, día tras día, de esta comunión? Ella puede ser experimentada individualmente en un momento tranquilo del día, y sobre todo colectivamente en el culto, cuando, como lo expresa un cántico,

«... el himno eterno comenzado en la tierra
exalte y glorifique al Padre y al Hijo».

Unidos a Cristo

En nuestro primer capítulo, relativo al tema de la salvación, vimos la gracia de Dios **por** nosotros. En el segundo capítulo, que trata sobre la familia de Dios, vimos lo que él hace **de** nosotros. Y ahora, en cuanto a nuestra unión con Cristo, veremos Su obra **en** nosotros.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la caída de nuestros primeros padres? (Génesis 3):

“ El pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte
(Romanos 5:12). ”

El pecado separa a los hombres de Dios y a los unos de los otros; la muerte es la separación del alma del cuerpo físico. A aquellos que no son salvos, les aguarda la segunda muerte, o sea, la separación eterna de Dios. La relación que existía con él antes de la caída quedó como cortada. No obstante, ahora, por la obra de su Hijo, Dios da mucho más: no restablece el estado anterior, sino que nos une a Cristo.

Merced a nuestra unión con Cristo, él **permanece** en nosotros y nosotros en él. Este tremendo hecho era un misterio en tiempos del Antiguo Testamento (Colosenses 1:26-27), algo oculto, pero ahora nos es revelado por el Espíritu.

Por un lado, nosotros estamos “en Cristo” ante Dios, tema importante de la epístola a los Efesios; por el otro, Cristo está “en nosotros” en este mundo, como lo subraya la epístola a los Colosenses. Captar esto por la fe transforma la vida (Gálatas 2:20).

Romanos capítulo 6 nos ofrece lo esencial de esta obra divina en nosotros:

“Unidos con él” (v. 5, V. M.)

Literalmente, esta expresión significa: «Hechos una misma planta con Él». Esto implica nuestra muerte con Cristo (v. 6-7) y nuestra resurrección con él (v. 8) (ver también Efesios 2:5-6). Un ejemplo permitirá comprender mejor el asunto: un árbol frutal salvaje produce frutos de poco valor o incomedibles. Se cortan, pues, las ramas del árbol, a corta distancia del tronco. En lo que queda de ellas se injerta, es decir, se inserta un corto trozo de una rama de un árbol cultivado. Las ramas así insertas –los injertos– van a crecer y transformar al árbol silvestre en un árbol productivo que tendrá la naturaleza del injerto.

Hace falta **creer** que hemos sido unidos a Cristo en su muerte y su resurrección. “Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (v. 11). Luego es preciso **mostrar** lo que somos en Cristo o, como lo dice el apóstol, andar en vida nueva (v. 4).

Efesios 4:22-24 precisa esta transformación: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”. El tiempo gramatical del verbo “despojaos” es, en griego, un aoristo. Designa un preciso punto del pasado. Entonces, Efesios 4:22 significa que nos hemos despojado de lo que éramos por naturaleza. Esto es así aunque la naturaleza pecadora esté aún en el creyente. La contrapartida es: “Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (v. 24). “Vestíos del nuevo hombre” es también un aoristo, un hecho cumplido.

No se trata, pues, de vestirse continuamente de nuevo de él; por la gracia de Dios, aquel que está en Cristo ya se ha vestido del nuevo hombre. Dios lo ha creado.

Por el contrario, la expresión ser “renovados en el espíritu de vuestra mente” (v. 23) es un presente pasivo: esta forma verbal indica que cada día el entendimiento, la fuente de nuestros pensamientos, tiene necesidad de ser renovado por la Palabra y la acción del Espíritu Santo, el cual, en la comunión con Dios, nos la da a conocer mejor. El apóstol lo precisa en 2 Corintios 4:16: el hombre interior “se renueva de día en día”.

La epístola a los Colosenses saca las consecuencias prácticas de nuestra muerte y resurrección con Cristo: “Si pues moristeis con Cristo... ¿por qué... os sujetáis a tales decretos... según los preceptos y enseñanzas de los hombres?” (cap. 2:20-22, V. M.). ¿Por qué establecer entre personas nacidas de nuevo reglas, leyes y ordenanzas, destinadas al hombre no regenerado? Eso es legalismo.

Lo que sí nos conviene está descrito en el capítulo 3:1-3:

“ Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba..., poned la mira en las cosas de arriba. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Hemos resucitado: la gracia de Dios lo hizo. A nosotros nos toca buscar lo positivo, las cosas de arriba, pensar en ellas, cultivar esta vida que tenemos en Cristo.

A este respecto es muy importante hacer “morir” lo terrenal en nosotros, es decir, quitarles el alimento a los desarreglos carnales; se trata también de “dejar” todas las manifestaciones del carácter natural (v. 8); para lograrlo es preciso el poder del Espíritu de Dios. A esto, el apóstol añade el aspecto positivo: “vestíos” de todo lo que la nueva vida produce (v. 12-15). El versículo 16 da el secreto que hará posible la puesta en práctica de estas exhortaciones: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros”.

Libertados, liberados

Romanos 6:14 afirma: “El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”.

Eso no quiere decir que el creyente no pecará más, sino que está libre de la **dominación** del pecado.

“ Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna
(Romanos 6:22).

El que ha sido redimido por Cristo, ha cambiado de amo: “Erais esclavos del pecado... y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (v. 17-18). ¿Cómo es posible este cambio? Romanos 8:2 nos da la respuesta: “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”. Nótese que la expresión “la ley” no se refiere aquí a la ley de Moisés, sino a «un principio que obra siempre en el mismo sentido», como por ejemplo la ley de gravedad (véase también Romanos 7:21).

Entregados

“ No presentéis (o entreguéis) vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos (entregaos) vosotros mismos a Dios como (hechos) vivos de entre los muertos
(Romanos 6:13).

Estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, pero hemos sido hechos vivos con Cristo (Efesios 2:1, 5, 13).

Como vivos, resucitados con él, somos exhortados a poner a disposición del Señor lo que le pertenece: “No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio” (1 Corintios 6:19-20).

Romanos 12:1-2 sigue el mismo pensamiento: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto (o servicio) racional”. Nosotros, conscientes del amor divino, el que tanto ha hecho por nosotros y del cual nada puede separarnos (cap. 8:38-39), somos llamados a presentar a Dios el sacrificio vivo de nuestros cuerpos. No se trata de ofrecernos a él para atraer su gracia u obtener méritos, sino porque él nos amó hasta el extremo de dar a su Hijo, quien a su vez nos amó hasta la muerte. Semejante entrega forma parte de nuestro “culto racional” (o, como también puede traducirse, «servicio inteligente»).

De esto se deduce fácilmente que no debemos «amoldarnos» a los hábitos del mundo que nos rodea; como dice la Escritura: “No os conforméis a este siglo” (Romanos 12:2). Transformados, «metamorfosados» (pensando en el cambio que se efectúa de una oruga a una mariposa) por medio de la renovación de nuestro entendimiento, de nuestros pensamientos más íntimos, somos «hechos diferentes» de lo que éramos antes. Entonces, podemos discernir la voluntad de Dios y hacerla.

Vivir día a día tal experiencia transforma, metamorfosea la vida. Para experimentarlo hace falta que obre todo el poder del Espíritu de Dios en nosotros, a condición de que no seamos contristados por faltas no juzgadas.

En Cristo

Antes de dejar a sus discípulos, el Señor Jesús, al anunciarles la próxima venida del Espíritu Santo, les dijo: “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:20; comp. la primera parte de este versículo con el v. 10). El Espíritu Santo condujo a los escritores de las epístolas a desarrollar lo que Jesús anunciaba y que los discípulos todavía no podían captar (cap. 16:12).

Veamos por ejemplo la epístola a los Efesios: “El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... nos bendijo... **en Cristo...** Nos escogió **en él** antes de la fundación del mundo” (cap. 1:3-4). Dios no solo nos perdonó nuestros delitos y nos justificó, sino que también “nos hizo aceptos **en** el Amado” (v. 6).

Consideremos Levítico 1 a 7: el sacrificio por el pecado conducía a ser perdonado. El sacrificio de prosperidad (o de paces) conducía a la comunión con Dios. El israelita ofrecía el holocausto, sacrificio enteramente para Dios, no para obtener el perdón, sino para ser “acepto” (Levítico 1:3, V. M.)

Como ya lo hemos visto anteriormente en el capítulo 1 E de este folleto, la Biblia afirma que

“ Si alguno está en Cristo, nueva criatura (o creación) es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios
(2 Corintios 5:17-18).

El hecho de ser una nueva creación conduce a la conclusión de Romanos 8:1: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están **en Cristo** Jesús”. Un lado práctico de esa gran verdad es considerado en Juan 15 por el Señor mismo: “El que permanece **en mí**, y yo **en él**, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5).

Y hay otra bendición para el creyente: al final de su vida, ¡se duerme “en Cristo”! (1 Corintios 15:18).

Cristo en nosotros

Durante los tiempos del Antiguo Testamento, esto era un “misterio”; pero ahora ha sido manifestado a los creyentes. Dios quiere dar a conocer cuáles son las riquezas de esa revelación, resumidas en estas palabras: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-27). Pablo, en su enseñanza, luchaba según la potencia del Espíritu de Dios que obraba en él con poder, a fin de “presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (v. 29-28). Por un lado, somos “perfectos en Cristo”; por otro lado leemos: “Cristo en vosotros”. Es la prerrogativa del “nuevo hombre”, renovado en conocimiento, donde “Cristo es el todo, y en todos” (Colosenses 3:10-11).

Vivir esto por el poder del Espíritu y en comunión con el Señor es la más alta gracia concedida al creyente en la tierra. Que él “os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3:16-17). Con cuánto reconocimiento lo expresa el apóstol:

“ Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí
(Gálatas 2:20).

Unidos en un solo cuerpo

Bautizados por un solo Espíritu

El pensamiento de Dios no es que el creyente permanezca solo. Así Juan recuerda: “Jesús había de morir... para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (cap. 11:51-52).

El propio Jesús lo había dicho: “Sobre esta roca (sobre Cristo, el Hijo del Dios viviente) **edificaré mi iglesia**” (Mateo 16:18). Era algo futuro. Fue necesaria la venida del Espíritu Santo a la tierra el día de Pentecostés para que por un solo Espíritu fueran bautizados en un cuerpo todos los rescatados, judíos o griegos, esclavos o libres (1 Corintios 12:13).

Al comienzo del testimonio cristiano, como lo vemos relatado en los primeros capítulos de los Hechos, todos los creyentes eran de origen judío. Luego, Pedro fue enviado a Cornelio, centurión romano pagano (Hechos 10). El capítulo 8 muestra que aquellos que habían sido dispersados por la tribulación que sobrevino en tiempos del martirio de Esteban, pasaron a Antioquía y anunciaron el Evangelio a los griegos; de esta manera, unos no judíos comenzaron a formar parte de la familia de Dios y recibieron al Espíritu Santo.

Por medio de este bautismo espiritual que tuvo lugar el día de Pentecostés (Hechos 2), judíos y gentiles forman un solo cuerpo:

“ Los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio (Efesios 3:6).

Ambos (judíos y gentiles) son reconciliados con Dios en un solo cuerpo mediante la cruz...; “porque por medio de él (Cristo), los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:16-18).

Se podrían leer muchos escritos y folletos acerca de la Iglesia, hasta memorizarlos, lo que sería muy útil; pero ello no bastaría para hacer realidad la reunión alrededor del Señor. Para ello es necesario que el Espíritu Santo revele a nuestro espíritu y a nuestro corazón el valor que la Iglesia tiene para Cristo (griego: ekklesia, «la que es llamada afuera»; en inglés: Church; en alemán: Versammlung/Gemeinde; en griego: kuriake, «la que pertenece al Señor»; la asamblea: «la que está reunida alrededor de él»).

A los ojos de Dios, la Iglesia es una. Está compuesta por todos aquellos que, habiendo nacido de nuevo, han recibido el Espíritu Santo y están, pues, “bautizados en un solo cuerpo”. Es necesario **guardar** esta unidad del Espíritu, la que el Espíritu ha producido, que es una realidad para los ojos de la fe, y estar reunidos simplemente como miembros de ese Cuerpo, sin ninguna otra organización.

En realidad, la Iglesia no es una organización de la cual el creyente sería «miembro», sino un organismo vivo, el Cuerpo de Cristo, del cual formo parte como creyente, lo sepa o no. Lo que cuenta, pues, es estar reunidos en el nombre del Señor Jesús, asegurados de su presencia (Mateo 18:20), separados del mal moral y doctrinal, simplemente como miembros de ese solo Cuerpo, aun cuando los que están así reunidos representan solo una pequeña parte de toda la Iglesia. Ellos con gozo pueden adorar juntos, orar juntos, ser edificados juntos.

La diversidad en la unidad

Cristo es la cabeza del Cuerpo, el jefe (Efesios 1:22; Colosenses 1:18). Los rescatados son los miembros del Cuerpo (1 Corintios 12:27; Romanos 12:5). Los miembros son complementarios los unos de los otros, y cada uno tiene una función particular.

“De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12:4-5). Otros pasajes –como 1 Corintios 12 y Efesios 4– subrayan la misma realidad.

De ella, el apóstol Pedro extrae la siguiente conclusión práctica:

“ Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1 Pedro 4:10).

Notemos en esos distintos pasajes la diversidad de los dones; cada uno ha recibido algún don; somos invitados a utilizarlo los unos para los otros, conscientes de la gracia de Dios que nos ha sido dada. Pero también es esencial que cada uno “piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Romanos 12:3), “conforme a la regla que Dios nos ha dado por medida” (2 Corintios 10:13).

Constituye un peligro, por un complejo de inferioridad (1 Corintios 12:15-17), no aprovechar para el bien de los demás algún don de gracia; o, por el contrario, ejercitarlo creyéndose superior a los demás, diciéndoles o pensando: “No te necesito” (1 Corintios 12:21-25; ver también Romanos 12:3).

Adoradores

“ Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.

La adoración es la más alta función que los creyentes puedan cumplir en la tierra y la única que continuará en el cielo (Juan 4:23; Apocalipsis 5).

Adorar “en espíritu”, “dar culto por el Espíritu de Dios” (Filipenses 3:3, según NT interlineal griego-español) no es ya, como lo fue en el Antiguo Testamento, un culto material, con sus ceremonias, sus sacrificios, sus ritos. Ahora, dar culto se expresa en cánticos espirituales, en oraciones de adoración que son el **fruto** de labios que confiesan su nombre (Hebreos 13:15). Es una adoración que nace en el corazón y que desemboca, en su madurez, en fruto de labios. No consiste en la repetición de las mismas frases en las oraciones, o en los cánticos que se entonan más o menos maquinalmente, ¡sin que se piense verdaderamente en las palabras, ni en Aquel a quien ellas van dirigidas!

Adorar al Padre “en verdad” es hacerlo según la revelación que él ha dado acerca de sí mismo, es decir, como Padre y no como Jehová o el Altísimo.

En forma individual, cada uno, en su fuero interno, puede dar gracias a Dios “siempre” (Hebreos 13:15) por haberle rescatado y bendecido. Pero, según la Palabra, el verdadero culto es colectivo: “Como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5).

Según conduzca el Espíritu, el culto se dirigirá al Padre o al Hijo. Su tema no solamente será el habernos salvado y preparado para la gloria. Sobre todo hablaremos al Padre de las perfecciones y de la obra de su Hijo. También recordaremos el amor del Hijo hasta la muerte, lo único que ha permitido que nos acerquemos a Dios como adoradores.

*Jesús murió, su sangre abrió entrada
Dentro del velo, celestial lugar,
En donde el alma ya purificada,
Cerca de Ti, ¡oh Dios!, puede adorar;
Por Cristo entrando, nada allí tememos,
Tu gloria no nos puede anonadar;
En luz estamos, plena paz tenemos,
La que en justicia Él nos pudo dar.*

Himnos y Cánticos, N° 15

La Cena del Señor es el centro del culto. Las oraciones de adoración, los himnos y los cánticos espirituales se elevan a Dios para expresar lo que él ha puesto en nuestros corazones.

La silenciosa participación en el recuerdo de la muerte del Señor corresponde, en su sencillez y su profundo significado, a Cristo, quien nos amó hasta dar su vida en la cruz y lo cumplió todo para gloria de Dios. “La muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). El culto de adoración es eterno; la Cena es únicamente para esta tierra.

Al participar del pan de la Cena, expresamos también que “siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Corintios 10:17). En nuestros pensamientos y nuestros corazones abarcamos a todos los rescatados por el Señor tal como Él los ve, es decir, formando ese solo Cuerpo; aunque al estar reunidos como miembros de ese Cuerpo, y de nada más, sentimos la ausencia de aquellos que no están presentes.

Glorificados

En su oración de Juan 17, el Señor Jesús destaca tres unidades:

En el versículo 11, habla primeramente de sus discípulos: “A los que me has dado, guárdalos en tu Nombre, para que sean **uno**, así **como** nosotros”. Luego ora “por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean **uno... en nosotros**” (v. 20-21). Por último, cuando habla de la gloria, ora “para que sean **perfectos en unidad**” (v. 23).

A los ojos de Dios y a los de la fe, su familia, es decir todos sus hijos, son uno en Cristo. Lamentablemente, a los ojos del mundo están dispersos. Pero la perspectiva que les regocija es la de ser “perfectos en unidad” en la gloria.

Veamos más de cerca las etapas que llevan al creyente hasta la perfecta unidad en la gloria:

La resurrección

La Palabra distingue entre la actual resurrección espiritual del alma (somos ahora resucitados con Cristo, como lo hemos visto en el capítulo 3), y la resurrección del cuerpo cuando vuelva el Señor para arrebatarnos consigo a sus rescatados.

En Corinto, algunos decían a propósito del cuerpo, “que no hay resurrección de muertos” (1 Corintios 15:12). Entonces el apóstol afirma: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación” (v. 13-14). Y, además, “somos los más desdichados de todos los hombres” (v. 19, V. M.). Pero Pablo concluye triunfalmente: “Empero es el caso que Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, siendo él primicias de los que durmieron” (v. 20, V. M.). Y completa:

“ En Cristo todos serán vivificados:... Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin (v. 22-24).

La resurrección es el fundamento mismo del Evangelio. Fue necesario todo el poder de Dios para resucitar a Cristo de entre los muertos. Este mismo poder se ejerce “para con nosotros los que creemos” (Efesios 1:19-20). “El evangelio... es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

No se trata solamente de la eterna existencia del alma del creyente, sino también de la resurrección de los cuerpos: “Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21). El Señor Jesús mismo ya había enseñado acerca de estas dos fases de la resurrección en Juan capítulo 5: “Viene la hora, y **ahora** es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (v. 25). En esto caso se trata de la resurrección espiritual con Cristo. Pero el Señor agregó: “**Vendrá** hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (v. 28-29). Se trata de la resurrección del cuerpo. Esta hora no es “ahora”, sino que todavía está por venir.

En la fundamental revelación de 1 Tesalonicenses 4:15-18, está especificado: “El Señor mismo... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”. Pensando en todos aquellos que han sido sepultados, de los cuales prácticamente nada queda; y más aun en aquellos creyentes muertos en el mar o quemados vivos en tiempos de persecución, nos preguntamos: ¿Cuánto tiempo se necesitará para que se produzca esta resurrección de los cuerpos? ¡“En un momento, en un abrir y cerrar de ojos”, todos aquellos que han muerto en Cristo, sea los santos del Antiguo Testamento, sea los creyentes del tiempo de la gracia, “serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”! (1 Corintios 15:52).

El tribunal de Cristo

El Señor Jesús había dicho muy claramente: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y **no vendrá a condenación**, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Y Romanos 8:1 afirma: “Ahora, pues, **ninguna** condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.

Sin embargo, 2 Corintios 5:10 anuncia: “Todos hemos de ser **manifestados** ante el tribunal de Cristo; para que cada uno reciba otra vez las cosas hechas en el cuerpo, según lo que haya hecho, sea bueno o malo” (V. M.). Y Romanos 14:10 y 12 precisa: “Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo (o: de Dios)... De manera que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios” (V. M.). En estos pasajes no se trata de juicio, sino de ser “manifestados”, es decir «puestos en luz»... sea bueno, sea malo. Podemos pensar que las faltas de la vida del creyente volverán a

pasar ante sus ojos, a la plena luz de la presencia de Dios. No para ser condenado, sino para que sea consciente, más de lo que pudo serlo en la tierra, del valor de la sangre de Cristo, la que, por la gracia de Dios, borró todos sus pecados, todas sus faltas. Y si algo “bueno” es sacado a la luz, y de ello resulta una recompensa, una corona, esta luz divina pondrá en evidencia que todo lo bueno que se produjo lo fue por la acción del Espíritu Santo en el creyente.

En cuanto al servicio, “la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará...; la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciera la obra de alguno... recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Corintios 3:13-15).

- Aquel que haya sido fiel para apacentar la grey de Dios, recibirá como recompensa, “la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:2-4);
- Aquel que haya sido fiel en la lucha y la carrera recibirá una corona “incorruptible” (1 Corintios 9:25);
- “Todos los que aman su venida”, es decir, que no temen el día en que todo será expuesto a la luz ante “el Señor, juez justo”, recibirán “la corona de justicia” (2 Timoteo 4:8);
- Quien haya soportado la tentación y resistido la prueba, quien haya sido “fiel hasta la muerte”, recibirá “la corona de la vida” (Santiago 1:12; Apocalipsis 2:10).

¡Ciertamente conviene vivir desde ahora, al menos en cierta medida, anticipando la luz de ese día en el cual todo será manifestado!

Las bodas del Cordero

En relación con las bodas del Cordero, Apocalipsis 19:1-9 contiene los cuatro únicos aleluyas (o sea, «load a Jehová») del Nuevo Testamento.

“ Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero (v. 7).

Aquel que tanto sufrió va a recibir a su esposa. Ella “se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos” (v. 8).

Al considerar a la Iglesia en este mundo, el apóstol decía: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2). En la tierra, ella es llamada “desposada”, pero en la gloria es “su esposa” (Apocalipsis 19:7). El Cordero que se entregó a sí mismo por ella, puede gozarse.

A la esposa se le ha “concedido” que se vista de “lino fino, limpio y resplandeciente”. No se trata de las ropas blancas de las cuales se dice más de una vez que han sido lavadas en la sangre del Cordero, sino de un vestido de lino fino, el cual corresponde a las “acciones justas de los santos”. Podemos pensar que este vestido ha sido confeccionado en la tierra, hilo por hilo, acto por acto, producido por el Espíritu Santo (está escrito que el lino fino le ha sido “concedido”). Aparece vestida con él en el cielo, en la fiesta de bodas. En la tierra, la Iglesia anunció la muerte **del Señor**; tomó parte en la Cena **del Señor**, en la mesa **del Señor**. Pero en la fiesta de bodas, Aquel a quien contempla a su lado es “**el Cordero...** ya conocido de antemano antes de la fundación del mundo” (1 Pedro 1:19-20, NT interlineal griego-español).

La gloria

¿Qué es la gloria? Destaquemos que, cuando en Apocalipsis 2 y 3 se habla de “las cosas... que son”, la conclusión es “oír” (cap. 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22). Pero, desde el capítulo 4, en el cual Juan está en el cielo, se repite constantemente: “Vi”.

Esto nos permite decir que la gloria será “ver”. Más de un cántico así lo expresa:

*Nuestros ojos verán en tu faz adorable,
De tu Padre, Señor, la inmensa caridad;
Nos dejarás sondear el misterio insondable
De tu gracia suprema en la eternidad.*

La oración de Juan 17:24 será respondida: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que **vean** mi gloria”, su gloria personal. En el reino, los rescatados compartirán su gloria oficial (2 Timoteo 2:12). Ese será el cumplimiento del “octavo día” de la fiesta de los tabernáculos (Levítico 23:36), en el cual “estarás verdaderamente alegre” (Deuteronomio 16:15).

El gozo de la esposa será perfecto, inefable. Pero este gozo será aun más grande para Aquel que puso “su vida en expiación por el pecado”; entonces “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:10-11).

*¡Oh!, cuando Tu verás a los que has redimido,
Cual fruto ya en sazón, de tu muerte en la cruz,
Con infinito amor, del todo complacido,
Gozarás en tenerlos por siempre en tu luz.*

Himnos y Cánticos, N° 94